

EN TORNO A LA OBRA DE RAYMOND CARR: «ESPAÑA (1808-1939)» (*)

En primer lugar debemos confesar que siempre nos han extrañado y maravillado —pues la sorpresa no tiene por qué ser siempre desagradable— la perfección de algunos trabajos de investigación histórica realizados por extranjeros, y ello ha sido así porque consideramos que la Historia, por debajo de sus grandes figuras (macrohistoria), se compone de una microhistoria que es realmente la que condiciona a aquélla, de forma que aún sin el apoyo de alguna teoría superestructuralista, lo que se nos aparece como más destacado es reflejo y eco de lo que no vemos. Por eso, frente al delicado espíritu de sensibilidad que tiene que tener todo historiador, que debe saber deslindar lo que corresponde a una y otra parte, debe unirse en el caso de un investigador extranjero unas dotes que no dudamos en calificar de excepcionales ya que a la dificultad que tiene la operación reseñada de saber la participación que en un determinado suceso tuvieron los que aparecen como «principales» protagonistas y la que tuvieron las masas —acumulación indiferenciada de individuos— se viene a agregar al desconocimiento por su distancia física, de todas esas incógnitas que bajo formas de lengua, espíritu, modo de ser, reacciones, etc., componen un tejido sumamente difícil, por no decir imposible de descifrar, con lo que cuando se nos presenta una interpretación, por mucho que ésta pueda estar desfigurada, por mucho que ésta pueda ser reproducción parcial de la visión personal del autor, siempre es elogiable, aunque sólo fuera por la audacia que demuestra al intentar penetrar en lo que se han llamado, con expresión justa y certera, «los arcanos de la Historia» que en este caso son doblemente misteriosos ya que al misterio que ofrecen a los propios naturales del país se agregan los que este mismo representa para cualquiera que no tenga la condición de vecindad. Pienso que las posibles precisiones

(*) La obra que ha motivado el presente comentario ha sido publicada en castellano por Ed. Ariel, Colec. «Horas de España», 1970, 734 págs., habiendo sido revisada por J. ROMERO MAURA, nieto del célebre gobernante liberal y adjunto de CARR en su cátedra de Oxford. El título original inglés es equivalente al castellano: *Spain (1808-1939)*

que puedan hacerse a esta admiración, alusivas a las inmensas fuentes de conocimiento de que disponen todos los historiadores y que parecen reducir el papel del historiador a un simple recopilador no parecen darse cuenta de que tal abundancia está también a manos de los propios nacionales (diríamos que más a mano) y sobre todo en que esa labor no se reduce a eso, a recopilar, sino que se adereza y acompaña de una «visión» que en ocasiones, como en el caso presente, nos llama la atención por su serenidad y reposo, que tanto nos trae a la memoria aquel dicho orteguiano de la Historia como una ciencia que debe estudiarse «sin ira y con estudio». Porque si tenemos en cuenta otra afirmación no menos tajante que identifica toda interpretación histórica con una interpretación parcial, por aquello de que el campo de los sucesos que constituyen la esencia de la evolución temporal de un país ha sido permanentemente un campo de Agramonte, dividido entre tirios y troyanos, resulta esperanzador y hasta aleccionador encontrar una obra escrita con tal espíritu de ecuanimidad que mucho nos tememos es una virtud difícilmente adquirible en medio de una realidad que ha estado movida por convulsiones que muchas veces aun a los espíritus más científicos y más objetivos les mete la duda de si no habrá un cierto fatalismo geográfico o histórico, pues al igual que los eventos desordenadores de las leyes de la naturaleza suelen acontecer en los mismos ambientes espaciales, ¿por qué no habría de ser lo mismo, por lo que respecta a determinados acontecimientos históricos? Como existe un temor individual, así también existen temores colectivos, y de la misma manera que un fracaso personal puede llevar a un mayor retraso de la decisión e incluso a una prohibición de la repetición —se evita conscientemente la reiteración del hecho o acto que sirvió de motivo de la frustración—, así también en el plano colectivo, desgraciadas etapas públicas sean vistas con el temor de su reinstauración, de la «vuelta atrás», y justamente para desechar tales temores, que son siempre falsos temores, mientras no se demuestre lo contrario, es por lo que resulta aconsejable la lectura de obras como la presente en donde la Historia se nos revela con todas sus ruindades pero asimismo con todas sus grandezas, ya que nos pone de relieve cómo más que productos de grandes decisiones, que casi nunca se dan, los sucesos que calificamos de históricos son el fruto del compromiso, de la oportunidad, de lo que en cada momento se juzga conveniente, palabra tan llena de utilidad y tan lejos de los grandes *slogans* históricos y retóricos.

1. MARCO TEMPORAL DE LA OBRA

Todo el siglo XIX, y el primer tercio del actual, es el marco de tiempo que el autor ha escogido como telón de fondo y límite de su exposición. No todos los años o lustros merecen la misma detención e idéntico recuerdo; el interés aparente del autor parece seguir una especie de curva en el sentido de que va aumentando a medida que van pasando los lustros iniciadores del siglo XIX, alcanzando su punto culminante con la segunda década para ir disminuyendo con la entrada del presente, pero creemos que no ha sido un interés científico la que ha llevado a Carr a entusiasmarse más con el siglo pasado que con el presente, sino una especie de distanciamiento al estilo brechtiano. Como en tantos y tantos otros autores, ha buscado un objetivo pacífico, una conclusión que en lugar de encender el fuego apagara los últimos rescoldos —que seguro existirán—, poniendo su vista en aquellos años que a pesar de su convulsión significaron positivos avances para demostrar cómo el progreso es incompatible con el planteamiento al más alto nivel de los más graves problemas políticos. Frente a unas fechas que a pesar de sus cincuenta o setenta años nos parecen recientes por ser de este siglo, el estudioso debe ser muy cuidadoso, lo que le conduce a una cierta reducción de su tratamiento o, al menos, a reducir sus juicios y opiniones al máximo, porque en todo caso, precisamente por lo vivos que están los sucesos enjuiciados, sus opiniones no dejarán de ser tachadas de «personales», lo que un historiador científico no puede admitir de manera alguna. Además no hay que olvidar que al historiador se le discute su campo profesional diaria y cotidianamente, ya que todo el mundo y toda clase de personas se creen capacitadas para crear historia, ya en el plano de los hechos o ya en el plano literario; por esto, la palabra historia es uno de los términos más deteriorados y por desgracia bélico, no ya en la circunstancia real, sino en el simple planteamiento teórico, pues mientras para unos todo lo que sucede es histórico, para otros, tras concienzuda reflexión, pocos acontecimientos piden tal calificativo, pero mientras este problema está entre Scila y Caribdis los profesionales estudiosos de la historia seguirán escribiendo historia, y el vulgo y la mayoría del pueblo seguirá criticando su trabajo, tachándole de parcial y unilateral, pero si como se dice, con cierto escepticismo, de la discusión sale a luz, esperemos que de sus aportaciones, como de la de Carr, a pesar de todos sus parcialismos y unilateralidades, salga esa conclusión que nos haga ver que nada es permanente y que los pueblos deben buscar día a día la solución a sus problemas, porque también para ellos es aplicable lo que el poeta aplicó a otros mundos: nada de lo que permanece vivo está quieto;

lo que quiere sobrevivir debe cambiar, pues todo lo que está quieto está muerto.

El reproche que hemos hecho a la obra de Carr es, al mismo tiempo, su justificación; no hay que olvidar que toda obra histórica debe circunscribirse a unos límites; además, la perspectiva tan esencial a todo estudio de este tipo es más perfecta a medida que nos vamos alejando en el orden temporal, y, por el contrario, a medida que nos vamos acercando a las fechas en que tanto los lectores como el autor viven lo que este último escribe no deja de ser un esbozo, una tentativa de poner orden donde no lo hay, y que sólo el tiempo demostrará la certeza. Claro es que lo interesante es el riesgo, pues siempre nos sorprenderá más lo que acaso pueda ser una intuición de momento, pero que el tiempo confirmará, más que lo que en el fondo es la exposición y ejercicio literario de una época que por su lejanía permite los retoques y las descripciones brillantes. Con esto no intentamos quitar méritos a una obra que aun en un resumen de la guerra civil española de 39 páginas nos da una lúcida y esclarecedora visión de la misma que ya quisieran poseer muchos manuales y estudios sobre la misma.

2. LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Como ya es habitual en obras históricas, comienza la presente con una referencia a la estructura económica de España, que, por lo demás, ha sido tan estudiada y expuesta que a no ser en el manejo y amplitud de las fuentes utilizadas en este texto, en poco se diferenciaría. Algo, sin embargo, sobresale, y es que el siglo XVIII español es el mejor precedente del XIX; aunque parezca una tautología y hasta un *non-sense*, queremos decir que hay una clara y evidente ilación no sólo en el plano puramente cronológico, sino en el más importante de las ideas, o sea, que todo el contenido y trasfondo entre liberales y conservadores, en el XIX, tiene su origen y fragua en el XVIII; en donde, como ha expuesto Elorza en su extraordinario libro sobre *La ideología de la Ilustración española*, existe una pléyade de autores españoles que ya se plantean la necesidad de modernizar a España en el plano más relevante de todos: en el de las ideas. Unos hombres lucharán por las ideas de progreso y modernidad frente a un ambiente tan seco y áspero que en ocasiones su lucha se ha convertido en un martirio, que es el trágico destino que desde Prometeo han tenidos todos aquellos seres que han buscado mayor luz y verdad para sus semejantes (recordemos cómo alguno de tales hombres creyeron que la sociedad no les ofrecía ya resistencia para la práctica de sus planes y con cuánta sorpresa vieron que aquello no era cierto, ya que la

reacción que sufrieron sobre su propia carne les llevó al aniquilamiento; recordemos el ejemplo de Olavide sobre él. M. Defourneaux, apunta cómo creía en una Inquisición muerta y cómo fue esta misma institución la que se levantó contra él y le privó de lo que hasta entonces había estimado como un bastión inexpugnable: la privanza del Rey. M. Defourneaux: *Pedro de Olavide o el afrancesado*). Es a partir del siglo XVIII cuando aparecerán las llamadas dos Españas, formadas, respectivamente, por los que defendían la liberalización y la modernización de España frente a los que defendían su particularidad mediante la diferenciación y el conservadurismo. La única y principal diferencia del XIX frente al XVIII radicará en que lo que comenzó siendo un pequeño grupo de pensadores y políticos defensores del mayor peso de las ideas (de la Ilustración) en el gobierno del país, se extiende hasta integrarse en un elevado grupo de la población que planteará la subsistencia de la unidad política española en términos dialécticos y antagónicos. Nos atreveríamos a calificar al siglo XIX como el fruto de una política; política consistente en adelantar el progreso y desarrollo económico del país —mientras que España en siglos pasados se había considerado como una hija de la providencia y había ido ensimismándose de tal condición— a la manera de un hijo único para quien la ausencia dentro de su pequeño clan familiar de posibles competidores le hacen iluso e ilusionado acreedor a todas las ventajas cuando la realidad le hará ver que «si no despierta nada conseguirá», así España había estado viviendo con el falso espejismo de unas riquezas propias, primero, y de las colonias, después, renunciando a los personales hábitos de trabajo, únicos donde reside la verdadera riqueza. El siglo XVIII había combatido contra la inercia en el campo de la política económica, empezando los Reyes una política oficial de creación de instituciones económicas, cuyos frutos, a la larga, se producirían en el XIX, demostrando la imposibilidad de circunscribir el progreso económico a los lindes de lo económico y revelando la íntima conexión que lo económico tiene con lo político. Toda la lucha por la modernización política que se produce en el siglo XIX es la consecuencia directa del cambio que en la estructura económica se produce en el XVIII a través de una política deliberada. Para disculpa de los gobernantes de este último siglo hay que subrayar que si su política no fue completa al abarcar un solo aspecto, desencadenaron un mecanismo cuyas fuerzas les superaron (aunque algunos podían volver la oración por pasiva e indicar que si hubieran previsto tales consecuencias no hubieran emprendido aquella política económica que, como aprendiz de brujo, tantas fuerzas extrañas a su propio círculo desató).

El siglo XVIII había revelado y señalado como grandes males los graves defectos de nuestra estructura económica, que había dejado de ser aquel pa-

raíso del que nos hablan las Partidas. Y pone el acento en el poder político (de ahí el despotismo ilustrado) como único remedio de aquellas deficiencias. Como escribe Carr: «Los valores españoles habían sido los de la nobleza (fruto de la estructura económica vigente hasta el XVIII, diremos por nuestra parte), pero a fines del siglo XVIII el concepto de nobleza fue objeto de una campaña que alcanzó una violencia verbal sorprendente; a la inutilidad del noble se contraponen la utilidad del burgués como modelo de virtudes sociales». Con esto tenemos la pauta de diferenciación de una sociedad anclada en la tradición (llamada por esto tradicional) a una sociedad que va a poner en otras fuentes el origen del prestigio social.

Y es en estas primeras líneas de la obra sobre estructura económica y orden tradicional en donde encontramos alguna de las claves que Carr lanza para explicar la incógnita histórica española: «la fuerza del pueblo y su españolismo han sido sobrevalorados un poco a la ligera. En realidad, la cohesión del pueblo (cohesión social) no era mayor que la de una aldea inglesa aislada del XIX, y a la larga su espíritu de solidaridad frente al mundo exterior no bastaba para resolver la lucha de clases ni para esquivar el centralismo estatal. Así, por ejemplo, la hostilidad hacia el propietario absentista era un sentimiento muy en consonancia con la postura moral del pueblo, que veía en él al intruso procedente de un mundo extraño ciudadano; de ahí el contenido emocional del anarquismo de los pueblos andaluces (1). La supervivencia del pueblo como unidad económica y social dependía de las malas carreteras y de la deficiente educación política. Es un factor significativo, ya que afectaba a una gran porción de la población de España, y porque las condiciones que le daban su fuerza persistieron hasta hace relativamente poco. Aislado del mundo exterior, el español precisaba de una vida social que llenase su intimidad, y la necesitaba así, en parte, para constituir tema inagotable de conversión. Los españoles no leían, hablaban. En los siglos XVIII y XIX la manifestación más destacada de la vida social era la tertulia, es decir, el grupo de amigos o conocidos que se reunía habitualmente por la tarde para conversar. Las sociedades económicas del país del siglo XVIII nacieron de una tertulia de vascos acomodados, y todavía en el XX la conversación sigue siendo el eje en torno al cual gira la vida intelectual. Cada fracción disidente del liberalismo tenía su epicentro en el velador de un café. Los hombres públicos españoles del XIX ponían en la discusión de las crisis

(1) Sobre el anarquismo andaluz puede verse, DÍEZ DEL MORAL: *Historia de los movimientos obreros andaluces*, Alianza Editorial, 1969. También, del mismo: «El espartaquismo de los movimientos obreros andaluces», en *Anales de Sociología*, número doble 4-5, 1969.

políticas la misma minuciosidad sentida que pone una familia en debatir sus asuntos o la aldea en sus chimes».

Aunque larga, hemos procurado recoger el anterior párrafo por el interés que revela de una serie de coordenadas que aún permanecen en el panorama español, y donde se nos demuestra una vez más cómo la historia es la mejor enseñanza, aunque de escasa eficacia, ya que los pueblos, a pesar de todas las pruebas por las que han pasado, vuelven a reincidir en las mismas en un afán puramente masoquista. En todo caso, tenemos el cuadro sobre el que se moverá toda la historia de España. Su visión, como cualquier profano de los mecanismos psicológicos de un pueblo, nos suscita estas preguntas: ¿hasta qué punto son modificables las características colectivas?, ¿hasta qué punto tales características no son obra intencional y deliberada de un Gobierno que bajo sucesivos titulares busca la conformación de una determinada manera de ser?, ¿puede hablarse de neutralidad política del mecanismo del poder sobre tales características? En cualquier caso parece que hay pueblos condenados a avances y retrocesos, que siempre parecen hallarse en su infancia, ya que los retrocesos son tan violentos que destruyen, o al menos dejan tan menospreciados los avances, que cada vez se impone la reempresa, como si fuera originaria. Para éstos son los que resultan inútiles las lecciones históricas.

1808 y años posteriores

Aunque las fechas son siempre tópicas y aun jugando con la relatividad de los acontecimientos (que una guerra estalle en una fecha no quiere decir que todas las circunstancias que confluyen en ella se declaren en tal estado en un mismo día, y hasta en unas mismas horas, aunque el historiador debe jugar con la búsqueda de la precisión, para lo cual es imprescindible señalar algún hito temporal). Con 1808 se va a producir la radicalización de las dos posturas antagónicas, o lo que es lo mismo, va a servir a cada uno de los bandos —nombre revelador que se aplicará a lo que se juzgaran visiones parciales— en que se van a repartir las fuerzas (conglomerado que encierra a fuerzas de muy distinto tipo, desde las sociales hasta las religiosas y políticas) que se imponen o «predominan en España»: mientras los ilustrados encontrarán, aunque no muy claramente, en la invasión napoleónica una esperanza de ayuda a sus ideas, y deseos de ver transformada a España en una potencia ilustrada o moderna, lejos de supersticiones y misticismos religiosos, los otros —o el otro bando— verán una extraordinaria manifestación popular

que rechaza todos los extranjerismos (incluso los de ideas, y para los que España sólo es grande en su ostracismo).

En trances tan conflictivos es muy difícil averiguar dónde está la verdad y fijar qué grupo es su poseedor, quizás porque como más tarde diría nuestro gran poeta Antonio Machado, no la verdad de un grupo o la de otro (no tu verdad, ni la mía), sino «la verdad». Algunos de los que habían militado en el bando de los ilustrados ante la invasión, y su reacción, napoleónica sentirán en su fondo tremendas vacilaciones que los desgarraban en una lucha: por un lado, entre sus deseos de ver a su patria convertida en una nación moderna; pero de otro, su patriotismo se veía zaherido por una invasión que era, por encima de todo, eso: invasión. ¿Dónde estaba la verdad?, como ¿dónde está la verdad sobre tantos y tantos sucesos históricos? Los ejemplos a partir de esa fecha se multiplicarán; de todos es conocida la afición que tenía Fernando VII de rodearse de gente del pueblo; incluso parece haber llegado a sostenerse que su absolutismo no era más que una forma de paternalismo; si era absolutista no era para vanagloriarse, para autoenvanecerse, sino para ejercitar un poder que de no haber sido absoluto habría sido ejercido en provecho de otras clases distintas a aquélla con cuyo ejercicio pretendía beneficiar —al pueblo—; ¿dónde está la verdad?, ¿en esta visión o en aquella otra que mira tal absolutismo como una forma de poder sin sentido, y el rodearse el Rey de gente del pueblo como una especie de chulismo y ordinariéz? Una cosa resalta por encima de los conflictos: la incomprensión de los unos para con los otros, o de un bando para el otro. Este simple hecho, de enorme trascendencia, hasta el punto de que en el panorama español siempre está latente, se ha repetido incesantemente a lo largo del XIX y del XX. En un pueblo que se califica oficialmente de católico y, por tanto, cristiano, se ha demostrado una total falta de caridad a todo aquello que no haya pertenecido al correspondiente bando, falta de caridad que ha llegado hasta el intento de destrucción de aquel, que por no comulgar en las mismas ideas, ha sido visto «como enemigo». La consecuencia es que la historia de España durante el XIX haya sido una permanente sucesión de guerras o al menos conflictos que si no son considerados como civiles puede verse más en su lejanía que en su duración.

Para Carr es evidente que lo que se levanta contra el invasor francés no es el Gobierno o las clases gobernantes o dirigentes del país, sino, por el contrario, «las clases dirigidas», que con tal hecho se declaran «dirigentes», aunque el suceso es aparentemente tan ilógico que las interpretaciones aun para el profano de la historia se multiplican, porque ¿a qué se debe el levantamiento?, ¿sólo era por un instinto de repulsa del «extranjero»? ¿era pura xenofobia o había más? Es el primer caso en que un pueblo aparece organi-

zado como tal pueblo frente al extranjero, un pueblo que va a dejarse dirigir en todos los años posteriores y sobre el que manipularán todas las clases que se hagan con el poder. Pero transcribimos al autor: «El primer acto de rebelión y el que habría de quedar como eje simbólico del nacionalismo revolucionario —el levantamiento de Madrid del 2 de mayo de 1808— fue obra del «bajo pueblo», y alarmó tanto al Consejo de Castilla como a Murat. A la una de la tarde y vestidos de gala sus miembros dieron vueltas por Madrid junto con sus colegas de otros Consejos para restaurar el orden, y en los días siguientes colaboraron con las autoridades francesas en la recogida de armas. En la España no ocupada la autoridad constituida no tenía la excusa de la superior fuerza militar, y su fracaso en la crisis condenó al antiguo régimen. Su deseo de mantener el orden (o sea, de obedecer instrucciones de un Gobierno de Madrid dominado por Murat) y su vacilación ante el grito porque armasen y encabezasen una revolución nacional contra los franceses fueron arrollados por la embestida de los levantamientos populares». Con estas breves líneas dos datos se resaltan: el pueblo es el verdadero defensor del solar hispano ante unos ocupantes extranjeros, que con toda su incultura demuestra que por encima de todo hay que defender la Patria; hay que fijarse que en tales momentos ni se fija ni se guía por las que hasta entonces eran las clases dirigentes (con lo que convierte a éstas en menos que hipotéticas clases dirigentes, ya que si éstas no cumplen con su papel en momentos de peligro, malamente pueden llamarse «dirigentes», aunque también lanza sobre el pueblo una acusación, puesto que si con tal gesto en situaciones límites está indicando a las clases supuestamente dirigentes que no lo son, inconcebible es que pasadas tales situaciones continúa admitiendo su sujeción y, sobre todo, retorne a una pasividad que desluce casi totalmente su originario movimiento de rebeldía frente al invasor extranjero, dejándole poco menos que en una pura reacción xenófoba). De ella, de la reacción popular, se sacarán dos conclusiones o una, pero con dos versiones: de los que afirman la real idiosincrasia democrática del pueblo español y los que verán en tales reacciones frutos del anarquismo o de aquel español que, según Ganivet, lleva una tarjeta de identidad en la que se lee: «Yo soy el único Rey de mí mismo. Hago lo que me da mi real gana» (los partidarios de esta última no dejan de ver saludables las reacciones y movimientos populares cuando se producen contra algo que no los afecta: contra lo extranjero, contra determinados objetivos, etc.). En cualquier supuesto, los partidarios de la primera conclusión verán una posibilidad de entrar por cauces de progreso político en donde el pueblo debería tener mayor representación y en donde las instituciones del antiguo régimen, como caducas, deberían desaparecer.

Carr deduce las siguientes consecuencias de la guerra de Independencia:

«Se creó un moderno nacionalismo español, comparable al naciente en otros países europeos, por el hecho de resistir a Napoleón. Dotó la unidad administrativa de la España borbónica, "creación suprema del siglo XVIII", de un contenido emocional. Para una generación de románticos europeos creó la imagen de una nación *sui generis*... la resistencia sin par y digna de España dio vida a un mito de gran fuerza, utilizable tanto por los radicales como por los tradicionalistas. Sin embargo, dada la fuerza de los vínculos locales, el patriotismo que caracterizaría las grandes crisis permanecería como emoción abstracta, sentida muy confusamente en lo más hondo del corazón... Por esta razón, una derrota era psicológicamente desastrosa. El patriotismo exaltado se identificó con la necesidad de vencer a los Estados Unidos, en 1898, con la conquista de Marruecos, o con el éxito del submarino de Peral. Cuando las campañas finalizaron con un desastre, y el submarino se fue a pique, se difundieron la desilusión y la autocrítica. De este modo, la guerra de Independencia siguió siendo, si se exceptúan las conquistas africanas de O'Donnell (1860), la única exhibición satisfactoria de un nacionalismo a gran escala. Y esparcidos algunos datos sobre el psicologismo del pueblo español: «Esta raza desprecia a los extranjeros, desprecio que se explica por la exagerada opinión que tiene de sí misma. El español es el *miles gloriosus*». Más tarde dice, al referirse a los famosos movimientos de guerrillas que van apareciendo por los parajes más raros frente a las tropas francesas: «La guerra de guerrillas se parecía no poco a los movimientos de resistencia de la segunda guerra mundial. Fun un fenómeno rural, y como el carlismo, un aspecto del odio campesino hacia la civilización urbana. Ello era inevitable: la guerra de guerrillas se limitaba a territorios arriscados, y los franceses encontraban pocas dificultades en el gobierno de las grandes ciudades. Además tenía matices de guerra social. "Es la guerra de los pobres contra los ricos." Con frecuencia se aproximaba al bandolerismo cuando se sometían muchas zonas a contribuciones ilícitas. La ética de la lucha guerrillera, el caudillismo, el desprecio patriótico hacia los decretos de los extranjeros y de sus colaboradores, introdujeron un nuevo elemento de inestabilidad en la sociedad. La guerra de "guerrillas" acostumbó a los españoles a vivir fuera de la ley, a rechazar las normas de la vida social y a considerar como el mayor triunfo el mantenimiento de su propia personalidad. Convirtió en romántica a la revolución y dio carta de naturaleza a la insubordinación, santificando esa preferencia por la acción individual violenta que habría de enredar la política de la España del siglo XIX. Cuando se herían sus convicciones políticas los españoles podían "calzarse las alpargatas" y "empuñar el fusil". La derecha carlista y la izquierda extremista echarían más adelante mano de estos resabios».

Es verdad que el historiador puede verse llevado por las aguas de su mo-

lino; nada nos impide ver en estos sucesos de 1808 los primeros que habían de singularizar con su impronta todo el futuro español, sino más bien la reiteración de otros que menos conocidos no por eso menos influyentes, aunque eso sí, si la historia está lejos de ser esa racionalidad que va sucesivamente realizándose como pretendía Hegel, está llena de interrogantes que se hace todo espíritu amante de la verdad.

La reacción contra el francés no fue la primera ni sería la última si tal invasión se produjera de nuevo; pero ¿cómo explicar una reacción tan eminentemente popular con un pueblo que luego se deja gobernar como sea?, ¿puede ser que caracterizado como pueblo extremoso sólo se haya defendido contra las formas extranjeras de eliminación de su libertad, como puede ser la opresión extranjera, y reduzca sus reacciones sólo y exclusivamente contra tales formas y no contra aquellas otras que aunque no tan aparentes y visibles coarten también su libertad? Una interpretación sencilla y simple de esta guerra de Independencia puede llevar a sostener que la misma no tuvo otro objeto que la defensa de la particularidad nacional frente al extranjero, como si el pueblo español hubiera opuesto a todos los que defendían la aplicación intra muros de fórmulas políticas consideradas extranjerizantes que las mismas no nos importaban y que nosotros nos gobernábamos como queríamos y nunca a imitación extranjera. En esta idea, más o menos, se apoyaría Fernando VII.

3. EL GRAN CONFLICTO DEL SIGLO XIX: LIBERALISMO «VERSUS» TRADICIONALISMO

Si la reinstauración del absolutismo había producido la quiebra de aquellos ideales que algunos han considerado utópicos de los hombres de las Cortes de Cádiz (con todo el lastre peyorativo que tal término de «utópicos» lleva consigo en los que les dan tal calificativo), como cualquier represión rigurosa, más que eliminar la raíz, lo que se origina es su fructificación, de modo que ante el fracaso de aquélla se originará una controversia entre los que identifican ciertas instituciones con el oscurantismo, y aquellos otros para los que sólo la mención de la palabra «liberal» era sinónimo de traición a las esencias de la Patria. Habrá intentos monopolizadores por uno y otro bando, y entre los segundos se llevará la palma el carlismo.

A partir de la tercera década del XIX, Carr nos pone ante unos conflictos y hechos cuyo origen radica más en las propias necesidades vitales de los individuos que los instaban que en grandes dogmas y postulados teóricos. Nos referimos con esto a que así como la mayor parte de las sublevaciones mili-

tares que en la obra se analizan tienen su causa próxima en las deficiencias en la entrega de las pagas, así también en los conflictos de mayor envergadura eran o bien la imposición de nuevos tributos o gabelas, o la mayor carestía de la vida en los núcleos urbanos: «los disturbios se producían casi siempre en los meses "caros" y representan, sin duda, la reacción directa al hambre más aguda y a la *vie chère*, harto corriente en la historia de la Revolución francesa. El trigo se hizo diez veces más caro entre 1833 y 1835, y la exigencia más repetida de la revolución primitiva era la abolición de los consumos, los impuestos indirectos que aumentaron el precio de los alimentos». En medio de estos conflictos surgen a la luz una pluralidad de partidos cuyo escaso, por no decir nulo, espíritu colaboracionista dejará de ellos un triste recuerdo, ya que resulta poco concebible compaginar tal pluralidad con lo que hoy llamaríamos «gobierno monocolor». En cualquier caso, como eran más que organizaciones dirigidas a la captura del poder que programas políticos o de reforma social, sus figuras se nos aparecen hoy más como oportunistas de la coyuntura política del momento que como creadores o esbozadores de un proyecto que contuviera más que el simple manejo de los resortes del poder; de ahí que los partidos recurran en ocasiones a designar como sus máximos representantes a personas que nada tenían que ver con la vida política, entendida ésta en sentido literal, y en sí, en cambio, con otros aspectos de la vida civil (por ejemplo, por haberse destacado en la militar); una de ellas fue Espartero, cuyo retrato político, tal como lo describe Carr, no puede ser más pobre: «Era políticamente simplista, vulgar de mentalidad y con voz estentórea, muy aficionado a los naipes; su correspondencia revela una teoría política que se expresa en consignas difíciles de traducir en la vida o acción política concreta. Probablemente, no ambicionaba más que a ser un héroe permanente, por encima de la política y del partido, siempre que los políticos no le atacaran a él o a su grupo de oficiales amigos».

El movimiento carlista va a actuar de gran depositario del tradicionalismo (hasta el punto de que ambos términos se seguirán empleando como sinónimos, y decir tradicionalistas, es decir, carlistas, y viceversa). Su presentación en la escena histórica se hace «como una cruzada en pro de la eliminación de la canalla liberal, la batalla contra la revolución, heredera de la herejía del siglo XVI y del ateísmo del siglo XVIII». Tiene en sí los ingredientes que llevarán a considerar a todo liberal como partidario de la anti-españa, o sea, enemigo de España, con lo que comenzará por hacerse uso de una descalificación que echará al descrédito sobre el que no piensa del mismo modo, acentuándose el monolitismo ideológico, sin reparar en el unilateralismo de la postura; una de las partes de alza en vocero única de la voluntad popular y de la Patria y califica de antipatriota a la otra. Más que ideario io

que tenía era una serie de afirmaciones dogmáticas que como tales no admitían contrarréplica.

Con el reinado de Isabel II, y sobre todo a partir de 1845, se van a confirmar algunas de las características reseñadas de la vida política española, reduciéndola a sus aspectos más deleznable y alejándola de cualquier artificio teórico, arrastrándola por el cieno de los compromisos de las luchas personales por el poder y el prestigio que éste conllevaba. Como la Monarquía tenía cierta intervención, sus intervenciones harán que el sistema político en su conjunto se parezca más al sistema de favoritos o privados de épocas pasadas que al correcto funcionamiento de unas instituciones que al menos sobre el papel (la Constitución) estaban delineadas. De los humores de la Reina dependían los nombramientos; el fin de todos los partidos era sacar provecho de los cargos y puestos que la posesión del poder implicaba; recojamos el testimonio entre los muchos que Carr incluye de un demócrata tal como describía a los moderados: «Dividido en media docena de fracciones, cada una con su propio grupo de aspirantes, a Ministerios y cargos importantes, muchos de ellos comunes a las distintas fracciones, pero que siguen al vencedor de turno.» En medio de esta diversidad de partidos políticos (que más que auténticos idearios políticos, en lo que, insistimos, eran simplemente camarillas que intentaban usufructuar el poder sin ningún objeto social o superador de sus estrechos límites, hasta el punto de que a algún intérprete puede ocurrírsele la versión de entender tal división y pluralidad como una forma «de tocar a más, para menos») el Ejército ocupa una posición singular; sus más destacadas figuras serán requeridas por los diferentes partidos con el fin de gozar simultáneamente con el apoyo de esta institución, con lo que simultáneamente revelan sus enormes insuficiencias ideológicas ya que raramente una figura militar admitirá su moldeamiento total al correspondiente partido, mucho más cuando su simple recurso demuestra a las claras la debilidad del propio partido en el terreno de las ideas e incluso en el del *consensus* social. No conviene olvidar tampoco que en esta época se produce lo que pudiéramos llamar primeras manifestaciones del capitalismo español, unas veces como consecuencia de los ramalazos que tal tendencia económica tienen en el resto de Europa (recordemos que en Francia gobernaban los llamados liberales doctrinarios y que Guizot, uno de sus más notables representantes, había lanzado a los financieros de su país el célebre «Enriqueceos») y otras, por propia instigación, lo que aumenta con creces el interés que por la cosa pública podían haber tenido hasta entonces los políticos, ya que la posesión del poder llevará la posibilidad de participar en los beneficios del engrandecimiento económico del país.

Hay, a lo largo de la parte del texto relativa a este período, abundantes

alusiones a las posibles alternativas que hubieran podido plantearse y que al haber sido fallidas nos impiden preguntarnos sobre sus efectos de haberse seguido aquellos derroteros. Como en tantas y tantas ocasiones el historiador, como cualquier ser humano, incurre en lo que habría podido ser, atosigado ante una realidad que se le presenta como fatalista, como si se recreara en su determinismo que le lleva, desgracia tras desgracia, a una especie de callejón sin salida y en el que la única salida parece ser esa alternativa que hoy vemos (o ve el historiador) pero ante la que permanecieron ciegos los hombres que vivieron aquella época. Quizá con mayor fatalismo nosotros nos preguntamos si la posible realización de esas alternativas no hubiera conducido a similares callejones sin salida.

4. PROGRESO Y REVOLUCIÓN: 1856-1868

Es uno de los períodos de más trascendencia histórica hasta el punto de que su fracaso ha tenido honda repercusión en toda la Historia posterior. La Unión Liberal de O'Donnell pretendió ser la «agrupación liberal... que excluyera los extremos de la revolución y de la reacción cortesanas». Particularmente tal intento se nos aparece como una solución extrema que eliminara, por una parte, la ineficacia del pluripartidismo anterior en el que tantas veces se cayó en disensiones personales, logrando con esta Unión como una especie de frente liberal y, por otra, evitara la radicalización de las posturas antagónicas, con su triunfo, a modo de advertencia, contra los renuentes a los que se les venía a decir un mensaje que tan repetido ha sido en la Historia a todos aquellos opuestos a reformas pacíficas: «Si no lo hacemos nosotros, otros lo harán, y no con tantos paños calientes como nosotros lo haríamos.» Para Carr, «el Gobierno de O'Donnell viene a ser un tímido anticipo de la Dictadura de Primo de Rivera a partir de 1923; no había estériles disputas políticas, se contaba con el apoyo de un Ejército satisfecho por la conquista de Africa y su influencia en el Estado, y había prosperidad económica. Así, el Presupuesto extraordinario de 1859 es un antecedente lejano de las obras públicas del dictador financiadas con préstamos e ingresos extraordinarios. En 1859 estos fondos habían de proporcionarles la continuación de las leyes desamortizadoras y su extensión a las fundaciones de caridad. El Presupuesto fue duramente atacado por los conservadores... Al otro extremo de la vida política, el demócrata Garrido, como los críticos de Primo de Rivera, atacaba el Presupuesto por dedicarse a financiar el prestigio y las Fuerzas Armadas en vez de inversiones productivas. Se manifestaba así la vacuidad anímica del

unionismo liberal, su falso liberalismo: en vez de escuelas o pantanos, O'Donnell construía cuarteles y creaba una Escuadra.»

En medio de este marco político se producirá el gran debate del proteccionismo, y al igual que el tradicionalismo, sus partidarios lanzarán sobre los que no lo son, el mote de «antipatriotas», con lo que paradójicamente el razonamiento extremo se potenciará en un campo que como el económico de lo que necesita es de la razón más que de los exclusivos intereses. Será la unidad-nacional —se argüirá— la que requiere el proteccionismo. Las idas y venidas de este proceso proteccionista son harto conocidas para que aludamos a ellas. Otro debate importante de esta época es el religioso en el que también renacerá el tradicional planteamiento antagónico a que parece reducimos los españoles todo problema: o totalmente a favor o totalmente en contra, no cabiendo los términos intermedios. También aparecen con cierta potencia algunos movimientos reivindicatorios sociales que pusieron de relieve las contradicciones del partidismo liberal; los empresarios renegaban de la economía liberal «cuando ésta iba contra sus propios intereses, como en la campaña proteccionista (pero) insistían en la absoluta libertad contractual en las relaciones laborales» (o sea, recurrían a ella, cuando les favorecía).

¿Por qué advino la revolución, llamada «la Gloriosa»? Como en todo fenómeno histórico su origen no radica en una sola causa sino en una concurrencia de ellas, de entre las que resulta imposible atribuir a una sola la condición de más influyente; junto con la muerte del principal personaje de la Unión Liberal, O'Donnell, existe una fuerte crisis económica así como un movimiento de ideas que inspirado en el krausismo tendrá honda raigambre aunque sólo sea a título personal en algunas destacadas figuras de la intelectualidad española. Entre tantas y tantas interpretaciones como ha habido, y habrá, del fenómeno krausista, Carr nos da una con cierto poder de convicción: «¿Por qué tomó este movimiento intelectual la forma de propagación en los círculos universitarios de las ideas de un filósofo alemán de segunda fila, Krause, cuya obra principal había sido escrita en 1811? Este extraño fenómeno sólo puede explicarse teniendo en cuenta las condiciones propias de la cultura heredada. Esta consistía, ora en una forma estéril de tradicionalismo católico, de escasa utilidad para los hombres que deseaban hallar una base filosófica para la reconstrucción radical de España, ora en una imitación de la cultura francesa repudiada por los regeneracionistas morales por materialista y fácil. La "superioridad" de lo francés, premisa de moderados y progresistas, a quienes había proporcionado su capital intelectual por una generación, molestaba a hombres que a su manera eran patriotas culturales, por más que deseaban "abrir" a España a las ideas "modernas". De este modo se creó un vacío que podía ser llenado por cualquier sin sentido siempre que no

fuera de origen francés. El krausismo alemán, que debe ser considerado como un accidente cultural, se convirtió, para un universo intelectual aislado, en instrumento para unirse a la corriente del pensamiento europeo.»

En todo caso la revolución nace con una intención eficaz; lo que intenta es aumentar el peso social de la política y disminuir el juego inútil del diálogo parlamentario, tal como se había singularizado hasta entonces. «Menos discursos y más mejoras.» Mas la vacilación en la forma de Estado —si Monarquía o República— la condujo a su definitivo fracaso, fracaso del que tantas lecciones se han extraído, algunas con carácter excluyente total. Se mantuvo por un tiempo, durante sus inicios, una forma monárquica, que en el fondo debía su subsistencia a unos postulados republicanos, que fueron los motores de la revolución; se acudió, después, a la República, cuando tan vergonzoso apareció el recurso a las distintas casas reales europeas para ver quién de ellas podría hacerse cargo de la corona española. Tras lo que Carr llama «la Monarquía artificial» (años 1870-1873), la República «inespecífica» que la sustituye tendrá un tremendo handicap; realmente hoy no sabemos hasta qué punto la fórmula pimargallista de la República federal no venía impuesta por la misma realidad, por encima de los razonamientos de su autor, o sea (2), que más allá de la concepción que veía en el autogobierno regional la fórmula propia del gobierno que los nuevos tiempos (y progresos) exigían, no vendría impuesta por la misma circunstancia española en donde aparentemente se ligaban la Monarquía con el centralismo y en donde por eso los unitaristas parecían ardorosos defensores de la Monarquía, con la que la República tenía que guarecerse en el federalismo si quería nacer. Y así fue, pero como no podía pasarse de una a otra forma sin un período de aprendizaje, el resultado fue que el federalismo degeneró en el célebre y archifamoso cantonalismo del «Viva Cartagena» que tanto desilusionó a los más partidarios de ella, de modo que el mismo Castelar apoyó el movimiento de reacción del general Pavía, con la disolución de las Cortes republicanas, que sería el comienzo del movimiento restaurador de la Monarquía y que con este nombre pasaría a los manuales de historia: la Restauración. Al comentario de un diputado federalista («el cantón es la consecuencia lógica de la República federal») añade Carr el suyo: «Mucho después de que el republicanismo hubiera dejado de ser federalista, la revuelta cantonalista se utilizaba para demostrar que el republicanismo conducía a la anarquía.» No es menos esclarecedor el

(2) Sobre la filosofía de PI Y MARGALL es interesante todo el trabajo de A. JUTGLAR, y muy particularmente su «Constitucionalismo revolucionario de Pi y Margall», en *Cuadernos Taurus*, núm. 62, del que hemos hecho una recensión crítica en el *Boletín de Ciencia Política*, del profesor OLLERO, en su núm. 5, 1971.

corto párrafo donde resume el porqué del fracaso de la I República: «La revuelta cantonalista empujó a la República hacia la derecha. Significó la bancarrota inmediata de la política de persuasión y del legalismo de Pi; si pedía poderes a las Cortes para enfrentarse a la rebelión, la izquierda le acusaría de asesino de las libertades; si empleaba la persuasión, la derecha le acusaba de complicidad con la revolución de las provincias... Dimitió el 18 de julio y para sucederle fue designado Salmerón, quien creía que era necesario restablecer el control del Gobierno central y que había que aplastar la revolución que estaba aterrorizando "a las clases conservadoras, sin las cuales no puede arraigar ninguna institución".»

5. LA RESTAURACIÓN BORBÓNICA Y EL DESASTRE DEL 98

Entra en la Historia de España un hombre que va a ser práctico de la política como secuela de sus estudios sobre la historia del país y de sus instituciones políticas. Diríamos que en el fondo es casi un político a la manera anglosajona, para el que Gran Bretaña es el mejor modelo político y del que intenta copiar su sistema bipartidista con la pacífica sustitución de un partido a otro, sin que en la transición se ocasionen roces violentos ni espasmos nacionales. Aunque pesimista «sus creencias políticas más profundas eran semejantes a las de Burke: su desconfianza respecto del pensamiento abstracto en la política se revela en su palabra favorita, lo hacedero, con la que se puede traducir la expresión "expedient" de Burke. Su objetivo era una constitución monárquica que pudiera "reunir a todos los españoles sin distinción alguna" y en la que el estéril conflicto dogmático acerca de la naturaleza del régimen fuera sustituido por la coexistencia pacífica de los partidos.»

Se vuelve a la Monarquía constitucional, del Rey gobierna con las Cortes, que había sido instaurada en 1837 con el Estatuto Real, reconociéndose al Rey una facultad de intervención en el Gobierno a través de la decisiva facultad de elección de jefe del Gobierno; había dos soberanías, o si se quiere, una soberanía dividida entre dos titulares —el Rey y las Cortes— que suponía un funcionamiento coetáneo, pacífico y paralelo de ambas, por lo que bastaba plantearse teóricamente un posible conflicto entre ellas, para que surgieran las dudas sobre qué lado debería inclinarse la solución. El planteamiento real de esta posibilidad teórica no tuvo vigencia hasta muchos lustros después y su solución tuvo la imagen de lo que es eco de una sorpresa que intenta obviarse mediante una respuesta drástica: si las Cortes son soberanas ninguna otra institución puede serlo con ellas.

Se inicia con Cánovas un período de paz, a pesar de los distintos embates

que las alas en las que se diversifica la unidad de cada uno de los dos partidos del sistema le lanzan; curiosamente, son tales alas las que condicionan la política del partido en el poder; también, curiosamente, con este sistema se convirtieron en leyes lo que no fueron más que aspiraciones en 1868; se dictó una ley de Asociaciones, se instauró el Jurado y se aprobó más tarde el sufragio universal. Aun los que habían participado como principales «facedores» de la República, como Castelar, reconocerían públicamente los beneficios del sistema canovista, ya que, según él, el pueblo español mide los Gobiernos por sus frutos, o sea, por su eficacia.

Naturalmente que el sistema sólo podía mantenerse en tanto en cuanto cada uno de los dos partidos admitiera la existencia del otro y mientras cada partido mantuviera la unidad en sus filas; bastará con que se disgregara, para volver a la situación anterior, es decir, a la anterior de 1868, cuyas insuficiencias y defectos motivaron precisamente el derrocamiento de la Monarquía y la instauración de la República. Fácil es también colegir que el sistema bipartidista funcionaría mientras vivieran aquellos dos hombres que con su pacto de caballeros (*gentlemen's agreement*) permitían y se sujetaban a las necesidades del sistema, con todos los defectos intrínsecos del mismo. Cuando con el tiempo, se fijan más en éstos que en las ventajas del sistema (como sería el caso de Moret), se estima inmoral la continuidad de un entramado institucional que permite la vigencia de defectos tan graves como las del conocido sistema caciquil electoral. por lo que se deshará el acuerdo y con él el turno pacífico en el poder. ¿Había cambiado la opinión pública en sus juicios acerca del sistema? «Para el público en general la Cámara de Diputados continuaba siendo un lugar donde unos profesionales pugnaban por el botín de la vida política y en el que los periodistas políticos se ganaban la vida explicando las querellas de ese mundo aparte, en la jerga especializada de la "crisiología".» La mentalidad democrática y anglosajona le lleva a Carr a una posición objetiva que intenta averiguar las causas de los defectos del sistema más que condenar a éste irremisiblemente como impotente para ciertos países: «El descrédito en que había llegado a caer en España el Gobierno parlamentario se explica menos por su "irrealidad" y sus defectos como solución política que por la magnitud de la doble tarea que estuvo llamado a financiar en un país pobre: la superación del "atraso" económico y cultural y el mantenimiento de España como potencia imperial.» Con esto, enlaza con una de las más graves crisis de la conciencia nacional de España; aludimos, claro está, a la crisis del 98.

Como en los sucesos que llevamos citados, un conjunto de concausas hacen acto de presencia en una determinada fecha, para echar sobre ellas, a manera de chivo expiatorio, todas las culpas de los desastres parciales que se

habían ido acumulando. Las continuas crisis del sistema político, las cada vez más lacerantes desigualdades sociales y económicas, la propia supervaloración material —que se estimaba paralela de la espiritual, creyéndose que nada podía la máquina ante un pueblo que se proclamara lleno de coraje para la lucha— y, sobre todo, un rico trasfondo ideológico, al mismo tiempo que crítico y cultural, hicieron que en uno de los movimientos oscilatorios pendulares a los que como españoles estamos tan habituados se cayera en la situación contraria a aquella que nos había llevado a considerarnos primeros y dueños del mundo; ahora, éramos los últimos y «hasta una desgracia el ser español». La pérdida de Cuba, frente a la superioridad yanqui, originó un movimiento de retraimiento, de interiorización, según Ganivet, que pedía una vuelta al interior del solar hispano, ya que, como afirmaba San Agustín, «sólo en el interior del hombre está la verdad». Hoy aquella crisis se nos presenta como el despertar de la lucidez y, hasta cierto punto, fue un violento revulsivo para las hasta entonces adormecidas fuerzas intelectuales del país, que se lanzaron impetuosamente por el camino de la investigación en todos los campos (hasta la seca y árida geografía sirvió de motivo de reflexión, y muchos de los más ilustres representantes de la generación del 98 meditaron sus obras en los sitios donde se revelaba más la miseria). El suceso cubano no fue la terrible consecuencia de unas fuerzas para las que la idea de pérdida era imposible y para las que se cerraban todos los caminos del diálogo y la entrevista.

Lo cierto es que no parece se cerraran en seguida las heridas producidas por aquella derrota y sus secuelas tendrían efectos muy retardados, que llegan hasta nuestros días en donde la crisis del 98 actúa de telón de fondo y punto de referencia de hasta dónde puede llegar la postración de un pueblo para causar en todos los espíritus abiertos remedios tan radicales como los que los hombres del 98 propugnaban.

6. REGENERACIÓN Y DESINTEGRACIÓN

Bajo este expresivo título epigrafía Carr uno de sus últimos capítulos en donde paralelamente a la exposición de los múltiples movimientos sobre la regeneración nacional se va viendo la persistencia de unos defectos o vicios que llevarán al sistema político a la hecatombe. Por de pronto, la España de estos años se nos aparece como una España de taifas, en la que cada grupo va buscando su medro, de forma que la convivencia sólo es posible en tanto en cuanto todos saquen algo, por lo que si alguno falla, se montará el obligado conflicto con su correspondiente crisis. A medida que pasa el tiempo,

las posturas políticas se van radicalizando y los mismos regeneracionistas piden un «cirujano de hierro» que corte de raíz todos los males. Nuevos agrupamientos a la vida política, a lo primero con timidez, más tarde apabulladoramente, como representación de los nuevos intereses sociales de las clases bajas y trabajadoras irrumpen en un ambiente en el que venía predominando el matiz conservador y cuyo monopolio se vio contraatacado por ellos, haciendo nacer una nueva situación conflictiva con más fuerza ya que lo social se eleva al más alto nivel político con el consiguiente riesgo que esto suponía para la marcha del país. La Historia de España adquiere, a partir de estos momentos, unos tintes trágicos en los que parecen escritas palabras inexplicables para los hombres de la época que no llegan a traducirlas ni a darse cuenta del abismo en que iban hundiéndose. Una crisis tan poderosa como la del 98, y que ahora es del 17, acompañada de acontecimientos dramáticos, hace centrifugar las fuerzas que habían subsistido unidas, lanzándolas cada una por sus derroteros. La solución fatalista no podía ser otra que la Dictadura, constituida con todos los ingredientes, incluso, en principio, con el de su provisionalidad, uno de los rasgos que desde Roma, con sus dictadores, la caracteriza (señalemos cómo en Roma la Dictadura se fijaba con un límite temporal de seis meses, y en vista de una grave crisis, generalmente bélica, que aconsejaba el depósito y delegación de todos los poderes constituidos y constituyentes en un solo hombre, que con la unidad de su persona impusiese la unidad de la decisión).

Carr narra distintas anécdotas de Primo de Rivera, como para resaltar su paternalismo político; incluso subraya algunas de las ingenuidades que al parecer el general tanto repartió por discursos y cartas a la prensa. Hombre sencillo, intentaba aplicar a la vida política fórmulas sencillas, alejadas de la complejidad de los partidos, por lo que su mejor idea era la relativa a la constitución de una agrupación que defendiera su régimen (fórmula que tantas continuaciones ha tenido con la estructuración de determinadas asociaciones políticas cuyo principal objetivo se reduce a la defensa de un régimen político concreto y que se titula por esto «para la defensa de la República»). Los porqués ideológicos de este régimen los concreta Carr en los siguientes: «Hay que subrayar dos tendencias en la ideología del régimen: por una parte, la crítica de las instituciones parlamentarias, derivada de los carlistas, y, por otra, la de los regeneradores radicales, desde Costa a Ortega y Gasset. Costa fue el Bautista que precedió al dictador. En Ortega tenía un intelectual que había argumentado en favor de la minoría selecta y que rechazaba "el falso supuesto de una igualdad real entre los hombres..." Y, por encima de todos ellos, Maura, otro liberal herético. El dictador proclamaba que estaba poniendo en práctica "la revolución desde arriba" de Maura, que el libe-

ralismo parlamentario había impedido realizar. Ahora Maura podría reconocer en el dictador a su auténtico heredero.»

Aún sigue conservando cierto aire enigmático la caída de la Dictadura, no explicándose lógicamente el cómo un régimen que se instaura con el beneplácito de la mayor parte de la población cae pronto en el descrédito, arrasando con él a la institución cuya existencia se consideraba esencial para el pueblo español. ¿Fue la crisis económica de la peseta, que se inicia en el 28?, ¿fue la apatía por la cosa pública del pueblo español en su conjunto, lo que originó su desarraigo?, ¿o fue la honda vinculación de las estructuras políticas partidistas, que aparentemente derogadas por Decreto pervivían con más realidad que nunca en el corazón de sus antiguos prosélitos, que ahora demostraban ser la mayoría? En cualquier hipótesis, parece verdad que todas las clases le negaron a última hora su refrendo. Cae la Monarquía; se instaura la República; surgen nuevas crisis, que terminan por confluir en el estallido de la guerra civil, que, para muchos no era más que el proyectil con espoleta retardada que estallaba mucho después del tiempo previsto, ya que para ellos todo el siglo XIX es un siglo de conflicto civil en estado latente, como diríamos hoy con terminología de modernos sociólogos con lo que se alude a conflictos invisibles que no por eso son menos reales que los visibles y cuya transformación en estos últimos sólo aguarda la caída de una chispa que desate el huracán.

7. JUICIO FINAL

A pesar de todos los contrastes, a pesar de esos inmensos zigzagueos en que consiste la historia de un pueblo como el de España (cuya inconmensurabilidad de datos, conexiones, corrientes sociales, tendencias ideológicas, etc.), y que a veces hacen o incitan a surgir dudas en el lector si el historiador ha recogido todo lo que ha existido y sólo ha seleccionado, y si a pesar de esa turbamulta confusa de sucesos que superficialmente carecen de toda explicación racional, nos encontramos con un juicio como el del profesor Carr que, movido, creemos, sobre todo, por un instinto humano, y acaso por su personal e intransferible distanciamiento, considera que la Historia de España, en el período que examina, a pesar, repetimos, de toda esa mixtura confusa y turbulenta, cuya puesta en orden ya es un mérito, y al que al comienzo de este trabajo nos hemos referido, es un proceso hacia la luz, o sea, en su concepción, no hay fatalismos ni predeterminismos de ningún tipo, y las luchas y crisis de un sistema político no son más que los devaneos y esfuerzos hacia un perfeccionamiento. Los hombres y, por tanto, sus pueblos, parecen decirnos, no son

perfectos; están movidos por sus deseos, por sus pasiones, lo que no es obstáculo para que tales deseos y pasiones se vayan decantando con el paso del tiempo. «... La tradición liberal, que con todos sus defectos, sus fracasos, sus limitaciones y sus hipocresías, y a pesar de todas sus interrupciones *manu militari*, había sido la fuerza dinámica de casi siglo y medio de la Historia de España... La misión histórica de los liberales fue como ellos mismos solían decir, la de conciliar el orden y el progreso. La modificación y la modernización de una sociedad tradicional resistente es tarea que pone en gravísimo trance a la tradición liberal. Enfrentados a su derecha con hombres rígidos que querían conservar la tradición por medio de la fuerza, y a su izquierda con doctrinarios que apenas tenían en cuenta las realidades de la vida social y los límites de lo posible, los liberales españoles contaron, seguramente, con escasas posibilidades de éxito.» Casi estas últimas palabras son de perdón por sus errores, pero, al mismo tiempo, de inventario de las causas de su fracaso, resaltando en ellas la incomprensión de uno y otro de los bandos en que tradicionalmente se han dividido los españoles, con lo que más que una supuesta inadaptabilidad del sistema político pone la raíz de su fracaso en el propio medio ambiente.

Bien es cierto que en esta última explicación ponen algunos su argumentación de que los sistemas están en función del medio ambiente al que sirven y de nada vale decir de un sistema que es perfecto, si luego la realidad de su aplicación demuestra que no lo es. Pero junto a esta explicación lógica hay que poner una precisión: todo sistema requiere un período de aprendizaje y el período histórico que nos describe el autor puede, o pudo, tener tal misión: acostumar a los españoles al diálogo; plantearles la posibilidad de que con ideas diferentes se puede convivir, porque lo más importante de una convivencia es que los participantes hablen entre ellos y expongan sus puntos de vista. Y conviene no olvidar que todo aprendizaje colectivo, lo mismo que el individual, es árido y lento, obra de una actuación constante y no de un milagro. Puede ser que Carr, llevado por su vivencia inglesa, tienda a infravalorar las características raciales latinas, tan distintas a las suyas propias, anglosajonas; puede ser que llevado por su propio cientificismo desconozca toda la realidad que se mueve por debajo de los sistemas que hacen que tan diferentes sean sus consecuencias según cuál sea el país en que se apliquen; puede ser esto y aquello, todas las objeciones que podamos hacerles levantadas en una serie de particularidades y diferencias étnicas, espirituales, e incluso de historia, pero no podemos dejar de agradecerle que haya manifestado en un trazo final su optimismo. No hay ningún pueblo condenado a una particular y determinada forma de gobierno, ni hay ninguna institución que, por lo que sea, tenga el sello indeleble de la perpetuidad; en los pueblos, como en los individuos, todo está sujeto a la ley del acaecer que es tanto como decir

a la ley del cambio, y por la que lo que se nos presenta como perpetuo no es, quizá, más que un paso entre los innumerables que un pueblo tiene que dar para vivir. Los pueblos en su número no se componen más que de individuos, por lo que a medida que éstos sean más completos en todos los campos y, sobre todo, en el educativo y cultural, más completa será su convivencia y más completa será la comprensión. Sembremos, primero, y recojamos el fruto después. Si un extranjero tiene confianza en la historia pasada de un pueblo, que es tanto como decir que tiene fe en su porvenir, ¿vamos nosotros, los naturales de ese país, a renegar de ciertas etapas de su Historia para sólo admitir otras? La respuesta no puede ser más que ésta: no podemos. Y si no podemos, esto significa que tenemos tanto un compromiso con el pasado como con el futuro. Que las lecciones de la Historia, que tan ordenadamente nos presenta Carr, nos sirvan para algo más que para su lectura.

VALENTÍN RODRÍGUEZ Y VÁZQUEZ DE PRADA

